

EL SOCIALISTA

Un trimestre en la ciudad, 50 centavos

Semanario dedicado á la defensa del proletariado.

La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. —MARA.

ANO I. 1a. EPOCA.

Int. Institut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

México, 30 de Nov. de 1912.

No. 19

LOS SOCIALISTAS GO- PHIR DE LA CAMARA

El Socialismo progresa en México de modo sorprendente. La Cámara de diputados está llena de socialistas. (?) Lozano, Macías, Moheno, Jáurequi, Urueta, Elguero, etc., etc., lanzan discursos fantásticos, hacen gala de oratoria y se debaten en contorciones clownescas porque se les tome por socialistas. Algunos, como Moheno y Macías, aún van más allá, se indignan cuando se les llama socialistas, pues no son otra cosa, según ellos mismos lo han expresado en plena Cámara, que anarquistas puros. Estos hombres, inteligentes e instruidos, son perfectamente conscientes de cuanto hacen, así es que al patrocinar y votar el aumento de tarifas á los explotadores de las fábricas de tejidos, sabían que cometían un crimen de lesa-humanidad. Veamos por qué:

Los obreros tejedores son muy dignos de que se les aumente en sus exigüos salarios no sólo el 15 sino el ciento por ciento. Nosotros somos los primeros en comprender que esos hermanos nuestros son acreedores á que se les retribuya su trabajo de modo equitativo y así lo hemos pedido en otras ocasiones. Pero nosotros jamás pediremos que se aumente el salario á unos con detrimento de otros, y es lo que se ha hecho en la Cámara con esa ley sobre tarifas. El Gobierno cobrará á los industriales que no han querido aumentar á sus obreros el 10% estipulado en la Convención, un 5% más de las tarifas establecidas, con objeto de repartir el impuesto á los tejedores víctimas de la avaricia de sus explotadores. Pero como el mismo Gobierno va á elevar las tarifas aduanales en un 15%, de esto resulta que los perjudicados con la nueva ley serán todos los proletarios de la República. En cuanto al aumento de salarios á los tejedores, será completamente ilusorio porque como todo lo tendrán que comprar más caro, resultará que siguen tan miserables como antes.

Es muy posible que algunos diputados crean que han votado una ley socialista, lo cual da la medida de su potencialidad intelectual. Que se voten en México 2 ó 3 leyes más tan socialistas como la de tarifas especiales á industriales y aduanas y entonces al Gobierno del Señor Madero tocará en suerte presenciar una de las más terribles conmociones sociales

de que tengan nota la historia de los pueblos. La causa es bien sencilla: el pueblo tiene hambre, la vida de día en día se hace más imposible; los artículos de primera necesidad han llegado á adquirir precios fabulosos; la carne, de treinta centavos kilo ha subido á cincuenta; el café, de sesenta á noventa; la manteca, de sesenta á un peso y así sucesivamente. El indio, sabido es, no come carne, no conoce la leche, el café, azúcar, huevos, etc. El pobre indio que gana, trabajando en el campo como una bestia, de 10 á 20 centavos diarios, apenas si puede comer tortillas, frijol y chile. Ahora, para colmo de desdichas, los industriales van á aumentar el precio á la manta, así es que el indio que come mal, vestirá peor, si es posible que se pueda vestir peor de como viste ahora.

El Gobierno y los diputados deberían echar una ojeada á todo el vasto territorio de la República y detenerla en los campos, minas y talleres, pero más en los primeros, donde á pesar de la decantada libertad que nos trajo la revolución, se sigue obligando á los peones á trabajar por una pitanza y se les sigue azotando como antaño. No se necesita ser un economista como Bulnes para poder aplicar el remedio á esta situación que nos ahoga; lo que se necesita es buena voluntad y honradez. Se debía prohibir el alza inmoderada de los artículos necesarios para la vida y se debía, antes que todo escuchar á las miles de víctimas de los acaparadores de la tierra. En Inglaterra, donde no se habían cometido despojos tan monumentales como aquí y sin que hubiera la necesidad absoluta como en nuestro país de obrar rápidamente, Lloyd George resolvió la cuestión agraria en menos de dos años. En México, á pesar de la tremenda revolución zapatista, no se da todavía un paso para resolver el problema palpitante.

Pero volviendo al asunto de las tarifas, repetimos que la ley no es socialista porque tiende á proteger á unos trabajadores, con detrimento de la gran masa de proletarios. Los industriales mexicanos que son profundamente egostas, ya lo han dicho: "si el Gobierno eleva las tarifas, nosotros subiremos el precio á nuestros artículos." El Señor Madero no quiere ver, ó tal vez no pueda ver debido á que es un millonario, que tanto él como el pueblo estamos al borde de un abismo. La Cámara podría apartarnos de ese abismo, pero á los señores diputados tiempo les falta para tratar las cuestiones personalistas.
¡Pobre pueblo!

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO.

Jamás Podrá el Ejército Representar el Sentimiento Popular.

El Sofisma Presidencial.

(Segundo artículo.)

Para acabar de demostrar el craso error que se padecería teniendo como bueno lo que no es más que un sofisma del Presidente Madero y del cual me he ocupado en artículo anterior, entro en algunas consideraciones de actualidad, que acabarían de patentizar lo que dejo asentado: es decir: que el ejército nunca puede reflejar el sentimiento popular, á no ser que todos y cada uno de los soldados, oficiales y jefes se sometieran á ser llamados traidores y apellidados con otros epítetos originados por una defecación, cuando ese sentimiento popular esté en contra del gobierno.

En efecto: cuando el hoy Presidente ha dirigido algunas alabanzas á ese mismo ejército que lo combatió cuando era revolucionario, ha dicho que cuando las fuerzas federales en las montañas y llanuras del Norte, peleaban por sostener al General Díaz, creía el ejército cumplir con su deber. Es verdad. El ejército creía que obraba en el cumplimiento de un deber, porque la ordenanza así se lo señaló como tal; y, sin embargo, nada más notorio que aquel cumplimiento del deber del soldado, estuvo en abierta pugna con el sentimiento popular que era lo que dió vida á la hoy fracasada revolución de 1910. ¿Se nos querrá hacer creer que el soldado fué víctima entonces del error porque aun el ejército no está formado de "todas las clases sociales" como quiere Madero que esté? No es posible, pues precisamente lo que forma nuestro actual ejército es EL PUEBLO, el verdadero pueblo que para empuñar el fusil ha tenido que abandonar su cerebro y su corazón, y pensar y sentir no con el cerebro y el corazón de sus jefes y oficiales, que han tenido que hacer otro tanto, sino con la ordenanza militar. Y lo mismo pasaría á cualquiera otra clase que llegara á ingresar al ejército, aunque fuera la clase de los pensadores, de los filósofos, de los psicólogos mas conocedores del pueblo: tendría que deponer su pensar y su sentir ante los artículos disciplinarios, y obrar como le ordenen los toques de corneta y no como le reclame la razón, como le dicte no ya el sentimiento sino el sentido común.

Tenemos otro ejemplo: el actual Gobierno cree ó cuando menos hace creer, estar de acuerdo con el pueblo. En este punto á discusión, tenemos, por un lado al Gobierno con sus partidarios, y por el otro á la Revolución con los suyos, que también cree estar representando el sentimiento popular. El ejército no puede, vendados los ojos por la disciplina que le deja ver solamente como su jefe á quien debe obediencia incondicional al Presidente de la nación, analizar si la Revolución es el grito del sentimiento público ó si el pueblo está con el gobierno. Si se decide por la revolución, será según la ordenanza, un traidor el jefe ó oficial que tal haga, y su movimiento será calificado de cuartelazo; si apoya incondicionalmente al gobierno como le manda la disciplina, cum-

ple con esta, y cumple con su deber, y cumpliendo el deber, tendrá que apoyar al gobierno sea este como sea, porque la ordenanza siempre será la misma, y jamás podrá el ejército obrar de otro modo, aunque por el servicio militar obligatorio, sistema Madero, ingresaran á las filas hombres de diferentes clases sociales. El contingente podrá variar en su clase, si se quiere, pero el ejército siempre tendrá las mismas obligaciones, los mismos supuestos deberes, la misma educación y el mismo "hasta aquí" al criterio individual del hombre libre, formando un rebaño uniforme de seres que harán el más triste de los papeles: abdicar por fuerza de su voluntad propia, de su raciocinio y de su "yo" personal, para formar parte del común, de la colectividad condenada á ejecutar sin discernir lo que dispongan el jefe á su vez subordinado á otro superior y este á otro más alto, hasta el supremo jefe de la nación, supremo jefe del ejército.

Después de este dicho, será posible pensar que en alguna ocasión el ejército pudiera estar contra el gobierno? No, seguramente: el ejército siempre estará en favor de éste aun en contra del pueblo, por ser el más fuerte; porque su fuerza consiste en la disciplina militar que ha privado de raciocinio á todos los ciudadanos convertidos en autómatas que defienden con sus bayonetas al gobierno, sea bueno ó sea malo, con tal que sea constituido.

OSCAR FELIPE CÔSP.

Juntad la hipocresía y la maldad, la mofigatería y la estupidez, imaginad lo peor que pueden hacer todas juntas movidas de sus instintos más perversos, y aún no llegaréis á la concepción de un hospital, de esos edificios, cuarteles de la muerte, infernos de toda desesperación, que levantan los capitalistas y los curas para burlarse de los desdichados, para escarmentar su dolor, para abreviar su vida aumentando sus padecimientos.

Los hospitales y los hospicios son una vergüenza para la humanidad. Su sola existencia revela unas desigualdades sociales que sublevar el ánimo. ¿Queréis saber el grado de cultura de un país, la suma de bienestar de sus ciudadanos? No os fijéis en el lujo de las construcciones urbanas, ni en la magnificencia de los edificios públicos, ni en las prosperidades de sus industrias y comercio. Preguntad el número de hospitales que encierra, por los hospicios de todo jaez que contiene, y sabréis si la justicia y la prosperidad reina allí. Si os dicen que allí el Estado ó la iniciativa particular sostienen muchas de esas instituciones abominables, huid sin volver la cabeza del lugar maldito, como huye la luz de las tinieblas, como se aparta la virtud del vicio, como se aleja la rectitud de la mentira hipócrita.

Hospicios y hospitales denuncian un atraso, una injusticia y una cobardía indecibles. Santos les llaman á los hospitales. ¡Yo los maldigo, en nombre del obrero explotado, y quisiera que mi maldición fuera eficaz para desplomar sus paredes, que tantos sollozos y maldiciones han oído, que tantas abominaciones han visto!

SEBASTIÁN FAURE.

IMPORTANTE.

Debido á que hemos cambiado de domicilio, este número sale con una quincena de retraso. Esperamos ser disculpados.